06 Cuentos reunidos

01
Huellas imborrables:
Salgo al encuentro de mis huellas que aún conservo en la memoria, como calles, orillas, caminitos, arena y playas del Arroyo Ñeembucú con sus imágenes y sonidos, de día o de noche, recrean nuevos escenarios.

Por aquí y por allá salen a mi encuentro los espíritus de la gente en sus labores cotidianas, llegan hasta y me hablan de aquellos tiempos cuando lo cotidiano se vuelve extraordinario e inolvidable.

Lejanos ecos llegan hasta mí.
Son voces de la gente, de las canoas en movimiento, el ruido de las aguas.
Oigo por ejemplo, que los peces saltan en el canal, y que los grillos con el cri cri cri, y el croar de sapos y ranas, en las orillas del Arroyo Ñeembucú, cantan una perfecta sinfonía en la oscuridad.
Sin tiempo a la monotonía, los patillos migran en perfectas bandadas, pasan unas tras otras, como flechas lanzadas al horizonte, hasta el anochecer.

Las mujeres de todas las edades bajaban a lavar ropa en el Arroyo.
De entre todas recuerdo a las señoras que hablan recias y fuertes entre ellas.
Se ríen como si el destino y su vida misma no les importara aunque solo sea ese afán de lavar bien las ropas ajenas, su medio de vida.
“Oipokyty, oityvyro há oipyso ma katu kuarahype”, las prendas coloridas al sol.

Y se olía desde lejos el humo de los cigarros poguasú, por el aire que me trae el olor a tabaco.
Barrio Obrero de antaño de aquellos tiempos idos.
Imágenes, sonidos y olores que veíamos en las orillas del Arroyo Ñeembucú.
La playita de la infancia, la esquina de la cuadra y los caminitos hacia el bajo.

Cuántas veces bajaba y subía por el costado del patio de Don Vallejos, para pescar bagres desde la orilla, jugar con la pandilla, o acarreando con dos baldes, agua para regar la huerta.

Tiempo de crecida con las lluvias y los raudales en el murito de la cuadra, dejaban charcos de arena y agua. Pero las aguas avanzan y entran por el patio de Don Valdez, Don Zacarías, Doña Ana y Don Vallejos.

Ayala Pato, una playa cercana, me recuerda al hombre qué hacía cruzar a la gente en canoa, con Doña Eusebia, su compañera de vida.
Son toda una leyenda como paseros del lugar. La gente cruzaba desde o hacia el Barrio Guaraní.

Un poco más allá, por la misma orilla, El Paí Cué, un barranco a pique. Nombre tal vez de algún suceso que no recuerdo.
El Pai Cue era solo para los nadadores más
intrépidos, que allí se desafían para saltar y zambullirse, desde allá arriba.

Yendo hacia el Río Paraguay, el cruce más importante de aquellos tiempos, une a la pujante hoy día Villa Paso, con la Av. Irala, la principal arteria que lleva a la antigua Terminal de Ómnibus y al epicentro de la zona Comercial de aquel Pilar de antaño, el Piso Cué de las carretas.

Al norte de Villa Paso, con sus tramos de profundas huellas, de arenales y barros, la otrora legendaria Ruta 4ta, con sus frecuentes y recordadas clausuras, cada una de esas travesías tenía su fama con sus particulares anécdotas.
En ese tramo del A. Ñeembucú, si o si los pasajeros de los Colectivos bajan y pasan mediante los paseros con sus canoas, que trabajaban las 24 hs, en turnos.

Hay un barranco alto hacia Villa Paso, donde los canoeros tenían una cueva para refugiarse y guarecerse del frío y las lluvias, recuerdo.
Me tocó verlos de mitaí y compartir con ellos cuando llevaba la comida a Mario, mi hno. de turno con "El Preferido", nuestra canoa.
La construcción del Puente de cemento, dejó a los paseros sin trabajo, y la balsa de Don Lacú, que hacía cruzar los vehículos, quedó varada en el olvido.

Y un poco más allá estaba el famoso Puente Pachanga cuya cabecera Norte conectaba al Batallón 40 de esa época.
La cabecera Sur del puente Pachanga daba a los bajos del Colegio Juán XXIII, en las cercanías de La Basílica, la Plaza Mcal Lopez, el pleno Centro de Pilar, y donde se festejan las Gestas Cívicas, frente a El Cabildo.
Puente Pachanga el bailarín, estuvo de servicio en la mejor época, 60, 70 y dejó tantas anécdotas que se recuerdan hasta hoy, y más cuando nos muestra sus vestigios en las bajantes del Arroyo Ñeembucú.

El Arroyo Ñeembucú era muy caudaloso antes. Venía desde el este muy rápido y al salir del cauce formaban las playas con arenas.

La gente de antes, apreciaban esas playas donde cada calle termina donde comienza la playa, en la orilla.
Para refrescarse en los tórridos veranos de Diciembre a Enero, eran una fiesta esos encuentros en familia.

Siendo jovencito, yo remaba muy bien. Suave y con ritmo hacía deslizar mi canoa, dando perfectos cortes con los remos al agua.
El olor del cigarrillo negro, siempre me trae recuerdos de las noches y la paciencia de los pescadores.

En el Barrio Obrero, cerca de la esquina de la cuadra, El Paú Poi desafía al progreso y al tiempo.
Permanece casi igual. Guarda los secretos de las primeras citas, el barullo de los escueleros del San José Artesano, y era nuestra entrada y salida.

El Paú Poi me espera, queriendo contarme, de sus tantas historias.
Hernán Benítez Denis

02
El Barrio Obrero y el Arroyo Ñeembucú
Amor de juventud:

Vengo en solitario a caminar, solo me acompaña la evocación de aquél romance primero.
Desde aquellos tiempos.

Por aquí y por allá salen a mi encuentro, están vivos los espíritus, llegan hasta mí la vida de la gente en sus labores cotidianas en aquellas mañanas, cuando lo cotidiano se vuelve extraordinario e inolvidable.

Veo entre los claros amaneceres hasta muy lejos por encima del techo de la casa de Don Bruno Vallejos y puedo divisar el Puerto de Ayala Pato donde hay movimientos de canoas.

Canoas que vienen y canoas que van pasando, trayendo o llevando a la gente desde esa orilla al Barrio Guaraní.

Y aquí estoy como ayer por estos lugares caminando y puedo transformar la realidad para ver en mi imaginación como fueron antes.

El fuerte viento del noroeste sigue igual y me estremece en las fibras más profundas del ser.
Me reconoce y me estrecha como un amante, este viento que me echa en la arena, nos revolcamos y jugamos como si fuéramos los niños de ese ayer.

Y a este viento le pido que un día me lleve en sus pliegues, más allá de donde vienes, viento del noroeste, quiero reposar contigo.

Estoy por aquí buscando en los lugares de la que fuera las orillas del antiguo Arroyo Ñeembucú, recordando cómo fueron sus antiguos cauces y la Bahía de los tiempos idos.

Seguiré recreando en palabras el primer amor de juventud, el Barrio Obrero que fuera antes me acompaña en solitario caminando con la evocación de los tantos recuerdos que no serán por mí olvidados.

Con la evocación de aquellos lugares aunque tengan una fisonomía diferente.
Hablo del Barrio Obrero y el Arroyo Ñeembucú como el amor de mi juventud.
Hernán Benítez Denis

03
La vuelta del mitaí:

Porque hay todavía muchas historias que merecen ser escritas y, hasta es imposible contarlas todas.

Historias de vida, de entrañables personas que forman parte de nuestros recuerdos, en ese lapso de tiempo que empezamos a recorrer, poco a poco, la niñez.

Las historias rescatadas desde el anecdotario de las vivencias, no son simples relatos. Tienen vida y están en la memoria colectiva de la gente, del Barrio Obrero y en otros Barrios de Pilar, muchos son sus protagonistas.

Esas historias se seguirán contando y habrán muchos quienes también lo escribirán de otro modo, no exactamente como aquí describo.
Lo importante es dejar una semblanza, de cómo éramos, de dónde vinimos, y con quienes y de qué manera, hemos interactuado en aquellos tiempos maravillosos que nos tocó vivir la infancia.

Somos parte de una misma Historia vivida en el mejor lugar del mundo, en la Ciudad de Pilar y en este caso, para mí, en el Barrio Obrero en particular, en las cercanías de la Ribera del Arroyo Ñeembucú.

El encuentro con el mitaí que fuí, y lo sigo siendo porque siento en mí su corazón, de niño travieso y soñador.

Yo mismo soy ese mitaí que me hizo recordar la infancia y su entorno. Luego nos despedimos para quedarse en mi interior y con mi imaginación, le veo retozando, entrando en el caminito angosto y túnel del tiempo, el Paú Poí.

Te veo entre el velo de estas lágrimas, pequeña figura borrosa, con tu pelo revuelto, enmarañados como antes, cuando por aquellas siestas calurosas del verano, salíamos juntos, con la hondita tirando bodoques hacia el cielo.

Recuerdo mitaí, que eras diferente a los otros, porque nunca quisiste derribar a los pajaritos, te gustaba verlos volar libres. Y que mucho lloraste por ese pitogue que vino a cantar y sin querer le derribaste.
Cuando ese puñado de plumas y de cielo, y de cantos, cayó atontado a tus pies.
Quedó en tus manos temblando y conocedor mitaí le soplaste de aliento para insuflar la vida.
Y después voló pintando de amarillo con su plumaje el horizonte de tu vida.

Se posó en la misma rama, y que grande, tu contento mitaí, te regaló su canto.
Nunca será igualada esa alegría.

Desde esa vez, tu apuesta por el espíritu tuvo alas y se llenó de toda manifestación de vida.
La realidad y la imaginación para escribir de estas hazañas que parecen cuentos y son verdades.

Cuando solté la mano del niño que volví a ser, se me quedó un nudo en la garganta. Y ahora qué?, me pregunté.
¿Se terminaron los relatos?.

Retumbó en mi mente esa pregunta que se fue recorriendo como un eco, cada espacio y recovecos de mi memoria.
El mitaí estaba a punto de salir al otro extremo del túnel del tiempo. Era ahora mismo o después, para llamarlo de nuevo.

Yo seguía aferrado a esas manitas que solté y a ese tiempo que él representaba para mí
Mi nostalgia se hacía cada vez, más y más grande.
Totalmente desolado me sentía.
No quería cerrar esta etapa de la infancia.

Debo seguir escribiendo con el mitaí que fui, y él apenas ya se divisaba, como una borrosa figura, a punto de salir al otro extremo de la calle.

Me pregunté: ¿Acaso hay todavía mucho que contar?.
¿Nombres que pronunciar, anécdotas que recordar, de lugares que describir -?

Fue entonces que salió un grito contenido, que entró como una tromba por el túnel del tiempo.

¡¡ Mitaí !!! ….mitaí…mitaí...repetía el eco -.

Se paró y miró, volvió corriendo junto a mí.
Nos abrazamos y se arrebujó al lado de mi corazón.
- Le dije, ahora te quedarás dentro de mí -
Ya nunca más te dejaré partir, mitaí -.

"Esa tarde, en el Mirador Natural donde se yergue hoy el Monumento a las Madres, mucha gente, iba pasando por el lugar, y vieron a un viejo de cabellos muy blancos, conversando solo".
Nunca vieron a ningún mitaí.

"Sentados en la escalinata, como si nadie más existiera en el mundo, el viejo y el niño, seguían conversando, hasta que la tarde ya se iba y la noche llegaba trayendo el Arroyo pintado con una enorme luna llena desde el este".

Hay muchas historias cargadas con las nostalgias de nuestro tiempo y que nos tocó vivir como protagonistas.
Iremos al rescate de esas historias para que nunca queden en el olvido.
De todo eso y algo más, seguro escribiremos.
- Dijo el viejo poeta y se quedó allí como un niño en su espíritu-.
Para siempre.
Hernán Benítez Denis

04
Despidiendo al mitaí, el niño que llevamos dentro:

Llegó el momento de despedirme de la esquina de mi Barrio y de aquél entorno con su realismo mágico.

Luego de recordar todos los lugares donde vivió mi infancia, de la mano del niño que fuí, recorrimos esos lugares, con signos inequívocos de la emoción y la nostalgia.
Ahora debo despedirme de él con palabras dictadas por el corazón.

Me encontré de nuevo con los niños y las niñas de la esquina de la cuadra y volvimos a jugar juntos bajo el farol de la columna de caranday.
Como ayer en la calle de arena, volvimos a ser verdaderos duendes de la imaginación, para inventar de nuevo la alegría inmensa de ser simplemente niños.

También recordé cuando fuí a la Escuelita San José Artesano.
Somos de esa generación nacida en cunas humildes y a quienes, en la medida que íbamos creciendo, con la férrea disciplina inculcada por los padres, alternamos los juegos infantiles con tareas acorde a la edad,

Crecimos al lado de los que nos inculcaron con el ejemplo el trabajo en un ambiente de respeto, tolerancia y obediencia.
Nuestros mayores eran los espejos del que aprendimos reflejos de sacrificios al mirarnos en ellos en la escuela de la vida.

-Sin esfuerzo nada se logra, nos repetían los abuelos y abuelas llegados del campo a la ciudad, siguen la vocación al trabajo.
Y eso mismo repetían nuestros padres.

Una semblanza de sus vidas fueron las sencillas fórmulas de convivencia que se resumen en compartir los saludos de los buenos días y las buenas noches.

El buen tiempo para comer juntos las comidas, sin las preocupaciones diarias, conversar con la fé puesta en Dios.
Y también rezar para que mañana sea mejor

Esas sabidurías de las costumbres que ahora están perdidas, hoy se consideran detalles sin importancia.
Y que simplemente consiste en hacer el bien en lo poco o lo mucho, con las alegrías y las penas, que conlleva a vivir el día a día en la solidaridad.

De ahí que hoy se siente un vacío interior que ni la mejor tecnología puede llenar, por una modernidad muy mal entendida.

Al despedirme estoy agradeciendo al mitaí que me acompañó, y al mismo tiempo, debo también rendir un homenaje a tantas personas inolvidables del Barrio Obrero.
A su gente que hoy ya no están entre nosotros y son las abuelas y abuelos de todos nosotros como los verdaderos tesoros del ayer.

Lentamente iré cerrando las puertas de la memoria de mi niñez con los ojos nublados, tengo que despedirme de aquél mitaí, el niño que fui.
El niño que me acompañó durante estos relatos y a quién volví a sentir que vive en mí su corazón de mitaí travieso y soñador.
Allá te vas mitaí.

Te veo retozando por el Paú Poí, el caminito angosto y túnel el tiempo de la memoria del Barrio Obrero.
Por allí llegaste y por allí volviste a alejarte de mí.

Ahora te veo como entre el velo de estas lágrimas de un hombre con muchos años encima pero que se siente idealizado en tu figura de niño-mitaí akahatá.

Corriendo con el pelo todo revuelto, como antes fuí en aquellas siestas calurosas de verano con una ondita en horqueta, tirando bodoques hacia el cielo.
Quizás volvamos un día a encontrarnos mitaí, en este mismo lugar, el Paú Poí que se resiste a morir y no le lleva el tiempo.

Alguna vez, quizás, es un tiempo y ojalá sea
muy pronto.
Pero no estoy seguro si así será, mientras, cierro estas páginas al decirte, adiós mitaí, cerrando lentamente las puertas de la memoria de mi niñez.

Y con los ojos nublados al despedirme de aquél niño que fuí y me acompañó durante estos relatos, con más de seis décadas vividas, volví a sentir en mí su corazón de niño travieso y soñador.
Adiós mitaí.
Hernán Benítez Denis